

Politización y

Para comprender el complejo escenario actual del poder mediático y político en Venezuela, el autor revisa las concepciones propuestas por Guy Debord antes de la revuelta francesa de 1968. Propone sumergirse en la lógica de la politización de los espacios de poder construidos desde los medios de comunicación y asomarse a la confrontación de las dinámicas articuladas desde los Medios y el Gobierno en una lógica de espectáculo. Así, llama a la audiencia a no entregarse a los efectos televisivos de la inmediatez sin discusión ni diálogo.

■ **Héctor Bujanda**

Galería de Papel. Sin título. José Vivenes.



espacios de poder

La transfiguración del Estado y la Comunicación

En 1967 apareció en las calles de París un texto que buscaba radiografiar, de manera crítica, el comportamiento de la sociedad industrial, sus complejas tendencias y veloces mutaciones. El autor de este texto, Guy Debord, pasó a la historia del pensamiento contemporáneo no sólo porque en ese libro dibujó, con profunda lucidez, el comportamiento de la sociedad de mercado que se expandió con opulencia después de la II Guerra Mundial, sino más decisivamente porque sintetizó alrededor de una sola categoría teórica —*la sociedad del espectáculo*— la infinita variedad de reacomodos simbólicos que estaban ocurriendo con la consolidación de los medios audiovisuales, sobretodo de la televisión.

Este libro, titulado felizmente *La sociedad del espectáculo*, con los años se volvió un verdadero objeto de culto para la izquierda, e igualmente fue fuente de apasionadas lecturas para ciertos liberales de ojos abiertos y oídos desprejuiciados (cuando efectivamente los había en este mundo), al punto de que se convirtió en el necesario contrapunto de Marshall McLuhan, el teórico optimista de la comunicación. Debord fue, sin duda, el más ilustre de los “apocalípticos” a los que hacía referencia Umberto Eco.

El pensador francés fue el artífice intelectual de las grandes protestas del Mayo Francés, y líder de un movimiento político y artístico —el situacionismo— que pasó a la historia por una concepción radical de la vida y de la estética inherente a ella. Los situacionistas practicaban intervenciones urbanas, *descentradas* y *periféricas*, que tenían un tono descaradamente anarquista y subversivo. *El arte tenía que convertirse en vida*, y cada ser en

una máquina estética y comunicacional capaz de desafiar el orden espectacular dominante.

El libro está estructurado alrededor de 221 tesis. El valor que autoriza su nueva relectura, estriba en que *La sociedad del espectáculo* se sostiene en una postura radicalmente desalineada, que rechaza lo que existe en *la realidad en sí*: Debord no comulgaba con la sociedad capitalista de Occidente ni con la versión estalinista del comunismo. *La sociedad del espectáculo* sirvió de base, sin duda, a figuras como Jean Baudrillard para desarrollar su teoría sobre la simulación de la comunicación. Autores como Vicente Verdú, por ejemplo, han hecho del legado debordiano una estrategia de análisis penetrante para estos tiempos. En su brillante ensayo *El estilo del mundo*, Verdú aplica las tesis fundamentales de Debord para asegurar que el capitalismo, en el siglo XXI, ha entrado en una nueva fase, la de la ficción, donde los eventos y las situaciones han sido previamente contruidos por la lógica del consumo y de la mercantilización.

LAS LÓGICAS ANTAGÓNICAS DEL ESPECTÁCULO

¿Qué tiene que ver Debord con la posibilidad de establecer una nueva precisión en torno a las complejas relaciones que se viven entre *Estado* y *Comunicación*? Debord tiene la virtud de haber tipificado en los años 60 las dos formas dominantes de administrar la gestión mediática. Denunciaba que el mundo burocrático del estalinismo se basaba en *la lógica del espectáculo concentrado*, en la cual, advertía, la divulgación masificada del mensa-

je gubernamental no estaba asegurada por el simple hecho de poseer el control centralizado de los medios de comunicación, y que por ello el Estado comunista se veía obligado a constantes intervenciones administrativas y policiales, que terminaban por subyugar a la opinión pública. En su tesis 64, describe la *violencia estructural* que se practicaba detrás de la Cortina de Hierro:

En este espectáculo, la imagen impuesta del bien recubre la totalidad de lo que existe oficialmente, y normalmente se concentra en un solo hombre, garante de su cohesión totalitaria. Todo el mundo debe identificarse mágicamente con esta estrella absoluta o, de lo contrario, desaparecer. Se trata del Amo del no-consumo de este tipo de sociedad, así como de la imagen heroica que confiere un sentido aceptable a la explotación absoluta que es, de hecho, la acumulación originaria acelerada por el terror. (Debord, 2003:68)

A Debord el modelo estalinista le parecía vertical, rústico y primitivo, si se comparaba con el poder del capitalismo y su lógica del *espectáculo difuso*, en el que aparentes medios de comunicación plurales, con intenciones diversas y formas mercantiles específicas, lograban darle una cohesión ligera, blanda y no impositiva a la sociedad en general.

En los años 60, la sociedad industrial vivía uno de los períodos de mayor expansión y crecimiento económico, no se olvide que la rebelión estudiantil del Mayo francés se produjo como un acto político casi autónomo, no respondía a crisis ni a desigualdades sociales radicales, como se viven hoy tanto en la periferia como en el centro del mundo. De manera que la modalidad del *espectáculo difuso* pudo crecer, pudo realizarse socialmente gracias a la reproducción acelerada del capital y a la creación de nuevas formas de consumo. El dato no parece anodino, pues con la expansión portentosa del capitalismo en los años 60, empiezan a darse los primeros signos de la globalización, es decir, el paso a una economía sin fronteras, a estructuras laborales más dinámicas, flexibles y menos concentradas, y con ello a una veloz desautorización de las tareas y funciones que acumulaba, desde su nacimiento en el siglo XVIII, el formato sociopolítico del Estado-Nación.

En la época en que escribió Debord *La sociedad del espectáculo*, empezaba a darse lo que algunos sociólogos (Zygmunt Bauman, Ulrich Beck, por ejemplo), han tipificado como el paso de la economía fordista a la postfordista, es decir, el paso al paisaje socioeconómico actual de nuestra globalización, descentrada

“

En los años 60, la sociedad industrial vivía uno de los períodos de mayor expansión y crecimiento económico, no se olvide que la rebelión estudiantil del Mayo francés se produjo como un acto político casi autónomo, no respondía a crisis ni a desigualdades sociales radicales, como se viven hoy tanto en la periferia como en el centro del mundo

”

políticamente y concentrada gracias a la lógica del capital. En su tesis 65, Debord describe cómo se comporta *la lógica del espectáculo difuso*:

Lo espectacular difuso acompaña siempre a la abundancia de mercancías, es decir, al desarrollo imperturbable del capitalismo moderno (...) En el escenario del espectáculo unificado de la economía de la abundancia, se plantean afirmaciones irreconciliables; asimismo, diferentes mercancías-estrella sostienen simultáneamente sus proyectos contradictorios de organización de la sociedad: el espectáculo de los automóviles exige una circulación perfecta que destruya las viejas ciudades, mientras que el espectáculo de la propia ciudad necesita barrios-museo. Por ello, la satisfacción (en sí misma problemática) que se supone corresponde al *consumo de la totalidad* de las mercancías, queda inmediatamente falsificada, pues el consumidor real sólo puede acceder directamente a una sucesión de fragmentos de esa felicidad mercantil... (Debord, 2003, 68)

Efectivamente, Debord apreciaba ya con infinita lucidez la capacidad, estructuralmente contradictoria, de la lógica capitalista, así como su potente capacidad para disolver todo lo sólido, con el fin de garantizar la circulación de capital. A eso se referían Deleuze y Guattari en su *Anti-Edipo*, cuando definían la lógica capitalista en términos de desterritorialización y reterritorialización. Es decir, esa dinámica que tiene el capitalismo para abandonar espacios y comunidades sociales

enteras, cuando ya no son éstas productivamente atractivas, y a su vez para crear nuevos lazos sociales, a partir de inversiones en un campo específico de la producción.

La dialéctica debordiana entre las formas del *espectáculo concentrado* y del *espectáculo difuso* describe con precisión la guerra de poderes que se produjo en el siglo XX. Por un lado, el establecimiento de un Estado centralizado, único y todopoderoso (el modelo comunista), y por el otro, la construcción de una sociedad abierta, difusa y antagonista, que iba prescindiendo progresivamente de las sólidas instituciones del Estado.

A este modelo social triunfante de la globalización capitalista, que gira alrededor de la lógica del mercado, el sociólogo Zygmunt Bauman lo define como la cristalización de una *sociedad líquida*, guiada por los imperativos del intercambio comercial, del espectáculo, de la disolución radical de los hábitos, las culturas y las tradiciones que sustentaban el lazo social. Es decir, Bauman habla de una sociedad sin sentido de sociedad, sin poderes centralizados ni instituciones mediadoras de conflictos, abierta a antagonismos inéditos y a nuevas formas de transfiguración de lo comunitario, de lo ideológico y de lo político, que están arrasando con los últimos paradigmas que quedaban en pie.

...el incremento de la libertad individual puede coincidir con el incremento de la impotencia colectiva, en tanto los puentes entre la vida pública y la vida privada están desmantelados o no siquiera fueron contruidos alguna vez; o, para decirlo de otro modo, en tanto no existe una forma fácil ni obvia de traducir las preocupaciones privadas en temas públicos e, inversamente, de discernir en las preocupaciones privadas temas de preocupación pública {...} ¿qué puede reunirnos? La socialidad, por así llamarla, flota a la deriva, buscando en vano un terreno sólido donde anclar, un objetivo visible para todos hacia el cual converger, compañeros con quienes cerrar filas. (Bauman, 1997:3)

LA INTEGRACIÓN DE LOS PODERES

Sin embargo, la agudeza de Debord para presagiar lo que vendría en medio de una coyuntura totalmente concreta —la francesa—, no se quedó en la simple tipificación de cada una de las lógicas espectaculares dominantes. Nos subraya Debord, que ambas maneras de gestionar el espectáculo requieren de estrategias y recursos que a todos hoy nos suenan familiares: el espectáculo es ante todo una lógica de falsificación de acontecimientos, de fabrica-

ción de sucesos, de afectación y alteración de la realidad (si es que existe algo tan virginal como la realidad), de demonización y criminalización de actores e instituciones políticas y sociales, de construcción e imposición de agendas de discusión pública. Todas estas herramientas o recursos, que se han hecho comunes y de dominio público, en gran medida son inherentes a las prácticas de los medios de comunicación social, sean estos estatales o privados. El objetivo fundamental es mantener la cohesión general (son una fábrica de consensos y de disensos) y un régimen específico de intercambio social.

Debord fue uno de los pocos visionarios que pudo entrever no sólo el rotundo fracaso estalinista ante el crecimiento sostenido de la sociedad del espectáculo global (donde el ejercicio en red y el manejo de constelaciones mediáticas privadas, aparentemente no políticas, vencerían con facilidad a los aparatos verticales y centralizados de los comunistas), sino que también supo predecir que con la caída del Muro de Berlín, el mundo unificaría las dos prácticas espectaculares dominantes y los medios de comunicación fusionarían roles que antes estaban claramente separados: el mercado y la política, el espectáculo y el control, la red y la verticalidad, las prácticas blandas con las medidas policiales...

Debord fue un hombre de muy pocos libros y de teorías sostenidas por décadas. Escribió en 1988 sus *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, un texto que agrega una nueva condición al espectro de la sociedad global: *la lógica del espectáculo integrado*, en la que a falta de un Estado fuerte, los medios de comunicación se transforman en portentosas maquinarias políticas y espectaculares, en grandes fábricas de dominio y movilización. En la era del *espectáculo integrado* no resulta fácil distinguir los objetivos políticos y comerciales de los medios, ni tampoco deslindar su capacidad para promover el consumo y para dispensar una visión ideológica. En definitiva, en la era del *espectáculo integrado* es difícil aislar las funciones únicas de un medio de comunicación (informar), y también resulta imposible controlar las dinámicas mismas que adquiere una información cuando se irradia por diversos medios y tejidos audiovisuales. Es imposible controlar o centralizar las dinámicas de discusión pública. La matriz se construye, nos dice Debord, como una red de emisores sin centro visible, sin responsables precisos.

“

Bauman habla de una sociedad sin sentido de sociedad, sin poderes centralizados ni instituciones mediadoras de conflictos, abierta a antagonismos inéditos y a nuevas formas de transfiguración de lo comunitario, de lo ideológico y de lo político, que están arrasando con los últimos paradigmas que quedaban en pie

”

En la era del *espectáculo integrado* lo que importa es analizar la manera como ciertos temas, sucesos y acontecimientos se transforman en una agenda coherente de predicados políticos, y logra imponerse socialmente como un apremio, como una situación impostergable, como una urgencia que demanda nuestra acción y movilización inmediatas.

El filósofo italiano Giorgio Agamben ha hecho hincapié en la potencia que muestran los medios de comunicación para expropiar la capacidad social de la crítica, el diálogo y la discusión: titulares, testimonios, vocerías, avances noticiosos operan en avalancha con el ánimo fundamental de robarle la iniciativa al espectador, de suprimir la posibilidad del intercambio social de visiones, del ejercicio de la crítica y del distanciamiento. Vivimos enchufados directamente a hechos contruidos, a relatos que se superponen, a versiones que se multiplican y hacen abrumadora nuestra experiencia cotidiana. La gran expropiación mediática, según Agamben, tiene que ver con el lenguaje de la ciudadanía. El *espectáculo integrado* parte de una mixtura y de una mutación de poderes que es totalmente inédita y que le roba al ciudadano la voz, le expropia su poder para decir y opinar:

Para que el espectáculo integrado pudiera realizarse plenamente también en sus países, los gobiernos del Este han abandonado el partido leninista, de la misma forma que los del Oeste habían renunciado hace mucho al equilibrio de poderes y a la libertad real de pensamiento y de comunicación, en nombre de la máquina electoral mayoritaria y del control mediático de la opinión (que se habían ambos desarrollado en los Estados totalitarios modernos) (...) Lo que impide la comunicación es la comunicabilidad misma; los hombres están separados por lo que los une. Los periodistas y *mediócratas* son el nuevo clero de esta alineación de la naturaleza lingüística del hombre. (Agamben, 2001:69)

Paul Virilio sostiene que lo que pone en crisis la lógica del *espectáculo integrado* es la construcción política de las instituciones sociales. Siempre será muy débil e insuficiente la respuesta de las instituciones de justicia, por ejemplo, ante las urgencias y demandas que desencadena la dinámica instantánea de los medios de comunicación. La lógica del espectáculo produce verdaderas crisis de Estado. Recuérdese que las instituciones, incluso en países menos burocráticos y menos críticos como el nuestro (en Suiza y en Noruega, por ejemplo), requieren de lógicas en buena medida centralizadas, de autoridades definidas y de metodologías precisas para ejercer sus funciones.

Esas formas de ejercer la gestión pública chocan descaradamente con las formas del *espectáculo integrado*, siempre más ágil, más rápido, más instantáneo para construir y destruir temáticas y agendas sociales específicas. No sin razón, los grandes conflictos políticos de la globalización parten de un cuestionamiento feroz a la lógica mediática, que tiene de su parte virtudes tan poderosas como la velocidad y la simultaneidad para expresarse antes que nadie (y el uso político que a ellas se le puede asociar).

Lo que se encuentra como sustrato a estos nuevos conflictos de la globalización es que las verdaderas máquinas interpeladoras del poder (a la manera de Althusser) ya no son los Aparatos Ideológicos del Estado, sino los Aparatos Ideológicos de los Medios de Comunicación. La dualidad entre *Estado* y *Comunicación* se hace cada vez más precaria e imposible de sostener, abriendo el espacio social para múltiples y contradictorias redes de poder, donde abundan los agujeros y las prácticas espectaculares integradas. Aquí, a la manera de Foucault, el poder debe analizarse no por lo que se da, por lo que se intercambia o por lo que se obtiene: *el poder simplemente se ejerce, y sólo existe en el acto mismo de su ejercicio en red*:

No (se debe) considerar el poder como un fenómeno de dominación tosco y homogéneo —dominación de un individuo sobre los otros, de un grupo sobre los otros, de una clase sobre las otras—; (hay que) tener bien presente que el poder, salvo si se lo considera desde muy arriba y muy lejos, no es algo que se reparte entre quienes lo tienen y lo poseen en exclusividad, y quienes no lo tienen y lo sufren. *El poder, creo, debe analizarse como algo que circula o, mejor, como algo que sólo funciona en cadena. Nunca se localiza aquí o allá, nunca está en las manos de algunos, nunca se apropia como una riqueza o un bien. El poder funciona. El poder se ejerce en red y, en ella, los individuos no sólo circulan, sino que están siempre en situación de sufrirlo y también de ejercerlo.* (el subrayado es mío) (Foucault, 2003:34)

MIEDOS, POLITIZACIÓN Y OTRAS REDES DE PODER

El miedo tiene una función política central en la sociedad del caos, de las complejidades y de los derrumbes institucionales, y como dice Zygmunt Bauman: hoy se capitaliza esta función en la búsqueda de una sociedad individualista y sitiada, que quiere vivir al margen de los acosos y de los conflictos callejeros, de las desigualdades y de las catástrofes cotidianas.

La gran mutación cultural que ha producido la disolución del Estado es sumamente radical. Después de la II Guerra Mundial, novelas como *1984*, de George Orwell (1949), funcionaron como potentes metáforas del totalitarismo y sirvieron de lúcida radiografía del Estado cíclope, que todo lo vigila a través de cámaras y de una amplia red de confidentes y espías. Hoy, si se quiere, *el miedo a ser vigilado* por la Autoridad ha cambiado por *la necesidad de vigilar*, es decir, de espiar a los otros, de convertirse, cada quien, en el que dicta la Ley. Es la era de la pornografía de la imagen. El individuo sitiado, que desde su trinchera-casa observa y vigila a través de cámaras, de circuitos cerrados de seguridad y de canales de televisión por cable lo que acontece en el mundo exterior, es hoy una de las conductas más firmes de la sociedad sin Estado, de la sociedad caótica, de la sociedad en manos de *la lógica del espectáculo integrado*.

El miedo, tan instalado en nuestras vidas desde hace por lo menos 20 años, cumple hoy una de las funciones políticas más claras en los medios de comunicación social: cumple el rol de gran aglutinador social en medio de la fragmentación y del flujo de multitudes solitarias. No es nueva esta función, recuérdese que así fue potenciado el uso de los medios de comunicación audiovisuales —radio y cine— por los

“

El panorama mediático venezolano de hoy está marcado por varias estrategias y varios guiones que dan signos de una sociedad plural, confrontada por sus diferencias y con prácticas espectaculares e institucionales muy divergentes, cuestión que complejiza los análisis y los diagnósticos

”

movimientos fascistas de los años 40. El miedo tiene un correlato demoledor: el enemigo. Y en la sociedad caótica, hay enemigos por todos lados.

Hay que ser enfáticos: la politización en sociedades como la nuestra, no es la culpable de que aparezcan nuevas manifestaciones del miedo, y por ende otros enemigos potenciales. El miedo es una sustancia, un magma que se amalgamó con la disolución del Estado ocurrida a lo largo de los años 90. La politización vino a organizar, subjetivamente, la dialéctica feroz que circulaba espontáneamente por las calles del país. Esa dialéctica habla de aliados y enemigos, de ciudadanos seguros y extraños peligrosos, de cultos y bárbaros.

El poder de hoy, lo sabemos, se ejerce de manera distinta a la clásica visión del Estado cíclope. El poder es un flujo, una red de actos descentrados. Por ello hay que revisar seriamente los análisis maniqueos que se producen hoy entre la tesis del Estado todopoderoso, que quiere asfixiar los espacios de comunicación plural, y una respetabilísima institucionalidad mediática, en manos del sector privado.

Consenso y hegemonía son operaciones simbólicas que antes estaban en manos exclusivas del Estado y de sus instituciones políticas, y hoy esas categorías

son de uso casi exclusivo de la lógica mediática integrada. El filósofo francés recién desaparecido, Jacques Derrida, ha descrito de una manera penetrante la forma como el consenso y la hegemonía se convierten en operaciones coordinadas por la lógica mediática:

Pues no escapará a nadie que los tres lugares, formas y poderes de la cultura ... (el discurso expresamente político de la ‘clase política’, el discurso mediático y el discurso intelectual, erudito y académico) están más que nunca soldados por los mismos aparatos o por aparatos indisolubles. Estos aparatos son, sin duda, complejos, diferenciales, conflictivos, sobredeterminados. Pero sean cuales sean los conflictos entre ellos, sean cuales sean sus desigualdades o sus sobredeterminaciones, (se) comunican y concurren en todo momento hacia el punto de mayor fuerza para garantizar la hegemonía o el imperialismo en cuestión. Lo hacen gracias a la mediación de lo que se llama, precisamente, los media en el sentido más amplio, más móvil y, teniendo en cuenta la aceleración de los adelantos técnicos, en el sentido más invasor de este término. La hegemonía político-económica, al igual que la dominación intelectual o discursiva, pasa, como jamás lo había hecho en el pasado, ni en tal grado ni bajo tales formas, por el poder tecno-mediático —es dictoria, condiciona y pone en peligro toda democracia—. (Derrida, 2003: 67)

La lucha entre Estado y Medios que se lleva a cabo en Venezuela, y que busca controlar y dividir espacios sociales, mantener el afecto de las masas y de los consumidores, es una lucha que debe recordarnos, como un síntoma de nuestra crisis, que en la sociedad del caos y de las instituciones disueltas, el poder circula sin ninguna responsabilidad social, nadie asume por él las consecuencias de sus actos. De manera que el intento por reestablecer la idea de un Estado fuerte, que busca controlar el espectro comunicacional, aunque parece una estrategia limitada y de pronóstico reservado, es la que ha abierto, efectivamente, el campo para luchas mediáticas que, en alguna medida, producen otras apropiaciones y otros paisajes sociosimbólicos.

El panorama mediático venezolano de hoy está marcado por varias estrategias y varios guiones que dan signos de una sociedad plural, confrontada por sus diferencias y con prácticas espectaculares e institucionales muy divergentes, cuestión que complejiza los análisis y los diagnósticos. Puede decirse que existe una gran confrontación entre *lógicas integradas* y *lógicas concentradas*, unas llevadas a cabo por los medios privados de comunicación y las otras por el Gobierno, que chocan constantemente en propósitos y objetivos políticos.

Unas —*las integradas*— hacen uso de todos los poderes posibles (políticos y es-

pectaculares), y las otras —*concentradas*— intentan controlar, fiscalizar e intimidar lo que en la práctica es imposible de limitar. Con las lógicas espectaculares funciona lo mismo que con el capitalismo (es el capitalismo duro y puro de hoy): cada obstáculo, cada intento de regulación y de control sirven como valiosas catapultas para crecer y para expandirse. Sin embargo, lo que parece haber hecho frenar al “tradicional” poder mediático venezolano no es el Estado y sus leyes mordazas, es la politización progresiva y sostenida del espectador, es decir, su subjetivación, su manera de asumir lo que ve y cómo lo ve. En este sentido, ha aparecido en estos años un poder del usuario que se manifiesta en acto, que reclama, que denuncia, que lee y aprecia otros materiales. Que protesta y se moviliza...

Signo positivo, sin duda. Asistimos, por la propia dinámica de la politización de los últimos años, a un nuevo paisaje mediático que incluye, al menos, dos constelaciones con inmenso poder de difusión (aunque aún, hay que decirlo, bastante desiguales). Tanto los medios opositores (Globovisión, RCTV, Venevisión) como los medios comprometidos con el Gobierno (VTV, ViveTV, ANTV) representan hoy dos universos, dos dinámicas que operan de manera independiente, canalizan afectos y acaparan temáticas en determinados sectores sociales. Esto mismo sucede en la radio, en la prensa y en los portales informativos de Internet.

Cada constelación mediática realiza su propia construcción de los hechos y colorea con sus intenciones las posibles reacciones colectivas antes los sucesos que ocurren diariamente. Hemos llegado al punto de que un solo tema de interés público recibe, al menos, dos apropiaciones fundamentalmente diferentes. Esta es la tensión propia de nuestros días, que obliga al diseño de grandes operaciones mediáticas y a portentosos ejercicios de imaginación comunicacional. En este contexto, el control apenas sirven como herramienta de presión política.

¿Qué papel debe jugar el ciudadano en este panorama de objetivos cruzados y de propósitos encubiertos? Realizar siempre una exhaustiva revisión y análisis de los datos y de los testimonios presentados. Prohibido entregarse a las agendas instantáneas y a los efectos televisivos. Más que nunca, si esto es aún posible, crear formas de distanciamiento, de discusión y diálogo frente a lo que aparece como inminente, y que nos insta a tomar posición inmediatamente.

El consejo más retador de Debord y de los situacionistas radica en que cada quien debe llegar a convertirse en una gran máquina comunicacional, capaz de ejercer por sí misma su propia lógica espectacular. Pasar del rol del espectador pasivo al de productor mediático. ¿Eso no es acaso lo que se viene gestando con los medios comunitarios? ¿No estamos, embrionariamente, asistiendo a la aparición de una nueva pluralidad comunicacional, al establecimiento de otros focos y otras redes de poder, esta vez independientes al Estado y a la esfera dominante de los medios de comunicación? ¿No estamos a las puertas de otras relaciones, de otras construcciones espectaculares de la realidad, que consolidarán nuevas tribus sociales? Lo menos que podemos hacer en estos tiempos es apostar por ello. Y seguir la conseja de Debord.

■ **Héctor Bujanda. Periodista y Doctorando en la Universidad Autónoma de Barcelona.**

Referencias bibliográficas

- Agamben, Giorgio, *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Valencia, Pre-Textos, 2001
- Bauman, Zygmunt, *En busca de la política*, México DF, FCE: 1998
- Bauman, Zygmunt, *La sociedad líquida*, Buenos Aires, FCE: 2000
- Debord, Guy, *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pre-Textos: 2003
- Debord, Guy, *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Barcelona, Anagrama: 2003
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix, *El anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona: Paidós, 1982
- Derrida, Jacques, *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*, Madrid, Trotta: 2003
- Foucault, Michel, *Hay que defender la sociedad*, Madrid, Akal: 2003.
- Maffesoli, MICHEL, *La transfiguración de lo político. La tribalización del mundo posmoderno*, México DF, Herder: 2005